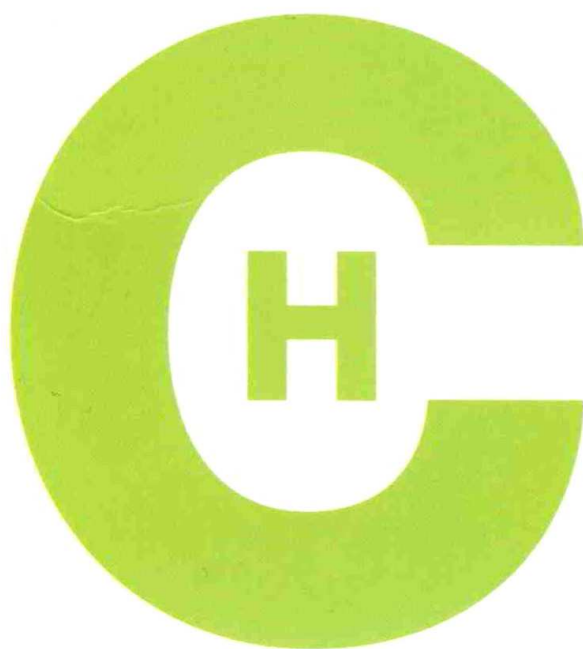




736

octubre 2011

Cuadernos Hispanoamericanos

Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo

Artículos:

Santiago Roncagliolo
Reina María Rodríguez
Hugo Mujica
Ada Salas

Creación:

Leopoldo María Panero
Irene Zoé Alameda

Entrevista con

Olga Lucas y José Luis Sampedro

Ilustraciones de Justo Barboza

Adiós

Irene Zoé Alameda

Abrir los ojos a una urgente noche inesperada. Sin aire, con visión nocturna desde una claridad perentoria: viñas, tierra, viñas.

Incluso hay ruidos en un fluir remanente de hábito agazapado en el interior de la cabeza.

«Me llamo Yani. Creo que me oigo decir: Me llamo Yani».

A la entrada de la casa hay una luz.

La envergadura de incorporarse y echar a andar, avanzar, echarse a andar entre las viñas. Porque las viñas están secas y los pies están descalzos pero hay avance. Extrañeza.

Camisa de Padre y pantalón zurcido con un largo nuevo. Y chaqueta de traje claro superpuesto a la camisa. Hay ruidos pero no emiten sonido.

«¿Llevo la ropa dominical de Padre? ¿Es o no hoy domingo?»

Y un pato migratorio surca el cielo aunque es de noche y vuela solo.

«Lisabeta debería estar conmigo y ver el pato.»

Lo reventaría con la bala al pasar por encima de las cabezas y luego correría en desbandada para que no le alcanzasen las plumas y la sangre.

«¡Y te tropezarías con las viñas, Lisabeta.»

Girar y encontrar.

«Hay una nueva luz cerca de casa.»

Las viñas entre las que he despertado.

«Un mal sueño sin pena. Un descanso sin sueños. El aire está tan hueco como el pato sin plumas después de la bala, Lisabeta. Elisabeta ¿por qué quieres ser soldado?»

Y ella diría:

«¡Ay, Yani: porque quiero ser como tú.»

Padre y la Abuela hablan de ti en la cocina,

«Elisabeta. ¿Dónde te has metido? ¿Por qué no estás tú con ellos?»

Girar. Las viñas entre las que he despertado.

«No deberías coger mi escopeta, en primer lugar porque es mía e hice un juramento. Y además»

disparar es peligroso si no sabes acertar

«en el blanco, Elisabeta».

Hay ruidos pero mi cabeza no los oye: como en un sueño sin ruidos en el que

«sé lo que suena y está seca, bajo mis pies, la arena. Y estoy»

descalzo. Abuela –luz– Padre. Hay una luz nueva a la entrada de la casa.

«¡Padre!»

Concentrado. Encogido.

«¿Por qué llevo tu traje?»

Están en la cocina.

Un sueño sin sueño. Un descanso sin penas.

«¿Estás enfermo, Padre?»

Sin interrupciones; hablan Padre y Abuela:

– *Siete años sin señales. Siete. Hasta de Elisabeta se ha despedido: ella lo ha soñado.*

– *Eso dice la chica.*

– *¿Para qué iba a mentir?*

– *Porque se lo inventa. No miente.*

– *En el sueño él estaba de espaldas y ella lo seguía. Disparaban a los patos. Y la cara de él la rehuía.*

– *Eso no me lo había dicho.*

– *Hace siete años que no habla contigo.*

– *Porque todo es su culpa.*

– *¿Él volverá?*

– *No.*

– *... y yo no puedo ir a buscarlo y traerlo...*

– *¿De dónde? Él está aquí.*

– *¿Aquí mismo?*

– *Sí, pero el tiempo ya no es el mismo.*

– *¿Por qué no se ha despedido de mí? Siete años, Madre.*

– *Siete años. Pero es peor la vida de la chica.*

– *¿Te gustaba más antes?*

– *No me gusta ahora.*

– *Ella es joven.*

– *Ya no: le han pasado siete años.*

– *Y a mí.*

«¡Padre, no escuches a la abuela! ¿Por qué estás tan viejo? Ya no nos parecemos.»

– *Daría todo lo que soy porque él recuperara la vida.*

– *No tientes a la suerte. Sé amable contigo; ponte a resguardo de tus malos deseos. Hoy se cumplen siete años.*

- ¡Yo solo quiero volver a ver a mi hijo!
- Deberías echarte al mar con Lisabeta.
- No puedo abandonar las viñas. ¿Y si vuelve?
- ¿A la vida?
- A buscarme, y no me encuentra.
- Ponte a resguardo, hijo mío.
- Solo son supersticiones; las crees porque eres vieja.
- ¿Tú quieres volver a ver a tu hijo?
- ¿No querías tú verme?
- Los deseos son alas de mariposas a principios de enero.
- Daría la vida por volver a verle. Esta secuencia inversa es una transgresión. Ya no crecen las viñas.
- ¡Pues viviremos sin viñas! Yo soy tu madre. Yo no cambiaría tu dolor por el mío.
- ¡Ayúdame Madre! ¿No ves que mi vida se paró hace 7 años y aunque estoy vivo no respiro?
- ¡No me des a elegir! Yo no quiero cambiar los accidentes. Si fueras su madre, tal vez me entenderías. Solo sufro porque es tu hijo; solo tú me importas.
- Si me indicaran el camino para ir a buscarle, si me dijeran que está, y dónde está, encontraría el camino para ir a buscarle. Lo encontraría, y lo traería conmigo.
- Todo es culpa de tu hija.

«¿Por qué no hablas ya con Lisabeta? ¿Qué te ha hecho mi hermana, Abuela?»

No sé si respiro, aunque no me falta el aire. Cuando me puse el traje claro de Padre...

«Padre, estás tan viejo.»

Luces en el recodo de la carretera, junto al poste del teléfono. Inmunidad al viento tórrido, el calor ha deshojado los campos de margaritas, ya no queda primavera. Azul pajizo de la noche, y el calor no me llega entre las viñas.

«¿Cuándo me he puesto tu chaqueta clara, Padre?»

El poste raído, sin carteles. Ningún pato surca el cielo.
El viento no me empuja aunque no oigo que crujan los troncos
de los árboles y el poste sin teléfono. El viento enjuto que no trae
olores que tal vez no me llegan.

«¿Dónde estás, Elisabeta? ¿Por qué no estás conmigo?»

Has cerrado mi ventana, hay menos viñas.

- *Desprecio la soberbia de la chica. La odio.*
- *Ella quería ser como él.*
- *En vez de ser como nosotras.*
- *Ahora el tiempo no es igual.*
- *Ella era una chica: nosotras no disparamos.*
- *Quería hacer lo mismo que su hermano. Yo la he perdonado,
ella es lo único que me queda.*
- *Me tienes a mí. Pero soy vieja.*
- *Han pasado siete años y no se ha despedido.*
- *Esta noche acudirá.*
- *No te creo, Madre.*
- *Acudirá.*
- *Intentaré retenerle...*
- *Déjale irse.*
- *... lo intentaré.*
- *Los hombres solo sabéis quitar las vidas. Nosotras las damos;
menos tu hija.*
- *¿Hay algo que pueda hacer?*
- *Pregúntale a tu hija.*
- *Ella solo quería aprender a disparar la escopeta de su herma-
no, quería ser como él.*

«El tiempo no es el mismo, Abuela. Deja en paz a Lisabeta. Yo
voy a enseñarle a disparar y pasará las pruebas para ser soldado.
Nos iremos.»

- *Elisabeta quería irse con él y convencerlo de que no volvie-
ran a la isla.*
- *Yo también quería irme.*

- ¿Y POR QUÉ NO TE HAS MARCHADO?
- Por si vuelve, para que me encuentre.
- Ahora es ella la que no quiere irse, quiere convertirse en una piedra de la isla.
- La has martirizado.
- Desearía perderla de vista. Y tenerte aquí, conmigo.
- Jugaban a disparar patos.
- Las mujeres no tocamos las armas.
- Fue un accidente y ella es tu nieta.
- A mí ella no me importa porque no la he parido. Si tú fueses su madre, tal vez lo entenderías.

Inmutable Abuela, terca Abuela. El viento sopla y no me trae arenas a los ojos:

«Estoy de suerte esta noche.»

Tampoco se me enredan las zarzas entre las uñas de los pies:

«Estoy de suerte esta noche.»

Una luz nueva a la entrada de casa. Una réplica en barro marmoleado de la casa, una pequeña Iglesia, la εκκλησιάκι.

«¿Quién ha metido una vela dentro?»

Y ninguna mano abre la iglesia de juguete pero de ella surge ninguna imagen.

- ¡El viento ha abierto la puerta de la εκκλησιάκι! ¡Va a apagar la vela de la εκκλησιάκι!

- Nunca se ha apagado la vela.
- Acaba de arrastrar la foto; la ha lanzado por los aires.
- Entonces debo ir a acostarme.
- No lo hagas, ¡quédate conmigo!
- Ya me he vestido para acostarme. Hoy se cumplen siete años.
- Quédate conmigo.
- No quiero vivir si mi hijo no está vivo.

«¡No la escuches, Padre!»

- *Quédate conmigo.*
- *Daría mi vida por que mi hijo estuviera vivo.*

No mirar, no mirar

«mi foto.»

O mirar y rechazar intuitivamente la certeza, alejarla con el rechazo físico de las supuestas manos:

«Quiero estar vivo.»

Ya sin altar, libre
mi foto.

«¡NO! ¡¡NO!!
¡¡¡NOOOO!!!»

- *¡No cojas las escopeta de Yani! ¡Déjasela a tu hija!*
- *Adiós.*

«¡No la escuches, Padre!»

Con una sonrisa perenne y un traje claro demasiado grande. Foto de un día en el que el viento sí golpeaba con guijarros y secaba los pulmones con su calor y sus ruidos.

Una tos sin pesadilla en la desembocadura de un sueño en emergencia todavía, un aire embotado de tierra y sal de mar en una suspensión sin agua. Los zarandeos de Elisa, su voz de soldado:

- ¡Yani, despierta!

«¿Por qué te has vestido hoy de chica, Elisa? ¡Corre por mi escopeta! Hoy debemos disparar a los patos.»

- ¡¡Yani, despierta!!

Y luego, solemne y pausadamente:

- La Abuela ha encontrado a Papá entre las viñas ©